

traer á tiros, como poco despues iba á suceder, á tiros seria rechazada.

XLII.

Sentimos fastidiar á nuestros lectores hablándoles siempre de lo mismo. Ahora un discurso, luego un libro, despues otro discurso. Esta es la vida de Castelar. Los que aman las grandes emociones que constituyen la rica variedad de la vida, no se satisfarán con este libro. ¡Pero que le hemos de hacer! Las estrellas son tambien monótonas, porque dan siempre la misma luz; y sin embargo son estrellas.

Desde la revolucion de setiembre acá, están frescos en la memoria de todos los sucesos en que Castelar ha intervenido. En tres periodos puede dividirse esta época de su vida. Primero: sus discursos y su influencia en las Constituyentes; segundo: su oposicion á D. Amadeo de Saboya en la Asamblea legislativa, y tercero, sus actos despues de la caida de este como ministro de la República.

Solo en las Constituyentes, contados por nosotros mismos, pronunció el brillante orador treinta y dos discursos, todos de grande estension y un número inmenso de rectificaciones, muchas de las cuales son verdaderos discursos. Llegada la época de las elecciones, Lérida y Zaragoza enviáronle á la Cámara como su representante. Habia una duda en muchos... ¿Valdrá para el Parlamento? se decia entre periodistas y diputados. ¿Podrá alcanzar la sobriedad, la concision, esa

especie de elocuencia de los hechos prácticos, que es la verdadera elocuencia parlamentaria? Muchos dudaban que pudiera alcanzarla. «Ya vereis, fracasará, decian, y tendrá que volver á sus academias y á su clase. No sirve para las Córtes.»

Cuando habló por vez primera en ellas, la nube se desvaneció: los mismos enemigos de sus ideas le aplaudieron y hasta los mismos enemigos de su palabra, que los tiene. Su lenguaje, sin dejar de ser brillante, fué parco y sóbrio. Tuvo ironía, cuando hizo falta: elevacion, cuando fué preciso: apóstrofes, cuando hubo que pulverizar á algun adversario ó á alguna institucion inícuá: intencion, cuando hubo que herir á algun enemigo. Imágenes no faltaron en sus discursos, como en el Occéano no puede faltar agua; pero á través de ellas, vióse siempre la idea, el pensamiento capital del discurso. Poco le han estudiado los que han dicho que en sus oraciones no hay mas que galas y flores. El que no ve las ideas que las anima, el pensamiento que las hace fosforecer, es lo mismo que el que no ve á Atenas tras la Minerva de Fidias; el que no vé á Roma tras las Doce Tablas; el que no ve á D. Alfonso el Sabio tras las Partidas. Son gentes de poco criterio: artistas malos que no ven en la estátua mas que la forma plástica. Uno de sus biógrafos dice que en el Parlamento «no solo ha logrado esceder á lo que sus propios amigos esperaban de él, sino que ha conseguido los triunfos mas completos que la historia de la elocuencia consigna en sus páginas.»

¿Cuáles son sus mejores discursos en las Constituyentes? Todos. Si la réplica contra Manterola es inimitable, el pronunciado sobre la libertad religiosa y la separacion de la Iglesia y del Es-

tado contra Olózaga es admirable: si el discurso contra la candidatura del Duque de Saboya es magnífico, el pronunciado contra Montpensier es terrible: si en la oración contra la política general del Ministerio del conde de Reus estuvo á una altura indescriptible, en la de la abolición inmediata de la esclavitud llegó al ideal de lo sublime. Hablando de las quintas, supo ser soldado, él, que es tan lego en materias militares; hablando del presupuesto del clero, supo ser hacendista, él, que tan poco propósito es para los números y para las cábalas rentísticas: incapacitó moralmente á los Borbones, con su discurso de 24 de enero de 1870, para ejercer la dignidad de jefes del Estado; y los derechos individuales, ora por dárseles estrecha y mezquina interpretación, ora por querer suspenderse las garantías constitucionales, tuvieron en él un ardiente y enérgico tribuno.

Quisiera dar á mis lectores una idea de tres ó cuatro de los mas importantes y grandilocuentes de estos discursos, pero me hallo en gran aprieto. Figuraos que una mañana, el sultán de Turquía, el de Marruecos ó el que vosotros queráis, se levanta de mal humor, dirige una mirada despreciativa á las mujeres de su harem, envía á buscar á uno de esos favoritos del momento que hay en esta clase de córtés, y le dice; «Me hace falta una mujer hermosa.» El valido se echa por esos mundos de Dios á buscar, no una mujer hermosa, sino hermosísima, como conviene á un sultán; y como entra en lo posible que la mujer que á él se lo parezca, no se lo parezca al sultán, se dice, «le llevaré media docena, así podrá elegir.» Busca una circasiana, de esas que di-

cen que son mas hermosas que los ángeles; una árabe, de esas cuyas miradas quemán como las ráfagas del desierto: una italiana, de esas de rostro escultórico, que parecen estatuas antiguas resucitadas al calor de los besos de un artista: una alemana, de esas que parecen la vírgen de una leyenda ó una wiliis sorprendida en sus danzas y lanzada al mundo de los mortales: una francesa, de esas de contornos lujuriosos, bacante de todos los deleites y sacerdotisa de todas las formas del amor, y una gaditana, de esas que tienen el cielo en los ojos, nidos de gracias en su talle, megillas como la corola de la rosa, labios como la flor del granado y alma tormentosa como el simoun del Sahara. Váse con ellas á su tierra y se las presenta al sultán. Este se queda petrificado. ¿Cuál elegirá? ¿cual desechará? Vaya, por fin, se decide: se dirige al favorito y le dice; «Oye, lo mejor me parece quedarme con todas.»

Lo mismo haría yo con los discursos de Castelar. Pero el editor me ha dicho, como Dios á las aguas; «De ahí no pasareis» y tengo por lo tanto que circunscribirme á los estrechos límites de este libro.

XLIII.

¿Os acordais de los dias en que se habló en las famosas Constituyentes del año 69, de la libertad religiosa? Olózaga, aquel viejo dios, ya sin culto, del antiguo partido progresista, estaba solo por la tolerancia, lo mismo que los dispersos restos que habia en aquella Asamblea de la antigua